

RAÚL CARDIEL REYES

PSICOANÁLISIS Y POLÍTICA

EL CONCEPTO que el hombre tiene de sí mismo revela la alta estima que concede a la especie humana. No sólo es el hijo predilecto de los dioses, el centro mismo del universo, sino la criatura más perfecta, compleja que existe, sobre la tierra. Sin embargo, hay una historia del vejamen del hombre, de la crisis que ha sufrido la idea de su propia perfección los golpes sucesivos que ha recibido esa sobreestimación y que le han hecho bajar del pedestal en que se había colocado.

El narcisismo humano, dice Freud, ha recibido tres golpes sucesivos: el cosmológico, cuando Copérnico demostró que la tierra no era el centro del universo; el biológico, cuando Darwin sostuvo que la especie humana descendía de los monos; y el psicológico, cuando Freud destruyó la idea de una estructura racional atribuida al espíritu humano; en donde la razón es la potencia suprema que guía y regula, con precisión y pleno dominio, las otras facultades psíquicas del hombre.

El psicoanálisis, en efecto, ha trastornado la visión que el hombre tenía de sí mismo en forma tan profunda y radical, que apenas ahora las conmociones producidas en los más diferentes sectores de la cultura empiezan a percibirse con claridad. Ninguna doctrina científica ha pretendido explicar tan vastos dominios de la realidad. No sólo ha transformado las ideas tradicionales de la propia psicología, sino también ha introducido cambios profundos en la antropología, la sociología, el arte, la religión, la política misma.

Es necesario, por lo mismo, que los que cultivan alguna especialidad que tenga por objeto al hombre, vuelvan su atención al desarrollo de las teorías psicoanalíticas tratando de medir sus alcances, de entender las nuevas ideas vertidas, que provocan una visión distinta de la prevaleciente en los medios científicos conocidos.

Ocupado hace tiempo en los temas propios de la filosofía política, considero necesario percatarme, con la claridad que sea posible, de las relaciones entre el psicoanálisis y la ciencia política.

No es posible, sin embargo, considerar en el breve espacio de estas líneas, todos los problemas que suscita esta cuestión. Se destacará únicamente aquella en que aparecen juicios estimativos sobre el orden social y político, derivados de las premisas psicoanalíticas.

Habrá que dejar de lado algunos temas que en ocasión posterior habré de examinar con todo cuidado. No está de más señalar el concepto de persona humana que se desprende tanto de la filosofía como del psicoanálisis. En tanto que la primera sostiene la existencia del espíritu, en un sentido autónomo, lógico, artístico, moral, la segunda niega que haya verdadera autonomía espiritual. ¿Qué puede decirse, por otra parte, de los estratos psíquicos que descubre Freud, a saber: el ello, el yo, el super yo? ¿Coinciden acaso con las distinciones filosóficas de Max Scheler entre vitalidad y espiritualidad, entre individuo y persona?

Tampoco se tratará de tantos casos de análisis psicológicos que examinan algunas realidades políticas. Existen importantes estudios sobre lo que se llama la "personalidad autoritaria", como el libro de Theodoro Adorno y las investigaciones del Grupo de Berkeley, entre otros Frenkel Brunswik. Muy conocido es el trabajo de Eysenck sobre "La psicología de la política", de 1954, en donde se llega a interesantes conclusiones sobre los temperamentos políticos. Hay que mencionar las investigaciones de Harold Lasswell publicadas con el título de *Psicopatología y política*, de 1951, en las que considera las aberraciones psicológicas como políticamente peligrosas y plantea la necesidad de un programa de profilaxis social para aquellos enfermos mentales que puedan inducir a peligrosas rebeliones contra la autoridad o a cometer asesinatos políticos.

Todos estos estudios tienen el mayor interés para los que cultivan la ciencia política. Su amplio desarrollo conducirá seguramente a establecer una teoría psicopatológica de la vida política, junta a la psicología normal de esa misma actividad, indispensable en la ciencia política.

Pero entre tantos aspectos de la relación entre la psicoanálisis y la política, hay uno que pone en cuestión la esencia de la civilización, que hace patente el sentido de la vida social y que permite comprender los verdaderos alcances de las teorías psicoanalíticas: la relación entre el hombre y la sociedad, entre la personalidad psíquica y el orden social, entre las estructuras psicológicas y las estructuras políticas. En vez de un ajuste natural entre ambas entidades, existe oposición; en vez de que la sociedad sea la expresión precisa de los más profundos y acusados rasgos humanos, en muchos casos es un obstáculo para el armónico desarrollo de la personalidad. Usando términos ahora en boga, se diría que el hombre

se encuentra enajenado en el orden social: no obstante que éste no es otra cosa que la proyección, la expresión objetivada de sus hábitos, deseos, tendencias, ideas, actos, se transforma en algo extraño al hombre mismo, que le hace frente con sus propias leyes, que muchas veces lo esclaviza y lo subordina, lo coarta y lo oprime.

Esta descripción de la relación del hombre y la sociedad no sigue ninguna doctrina psicoanalítica, ni filosófica, sino se atiene simplemente a lo que aparece en el primer plano de la observación.

El primer efecto de este desajuste son los trastornos orgánicos, las enfermedades. Pero la ciencia médica ha sido dominada generalmente por la teoría de que las enfermedades son de orden somático, y a menos de que haya clara demostración de algún cambio celular en el paciente, no cree que pueda hablarse científicamente de enfermedad. En el siglo pasado, la medicina preventiva se interesaba principalmente en las enfermedades infecciosas que presentan una reacción corporal ante microorganismos específicos; posteriormente, a principios de este siglo, las enfermedades de la nutrición ocuparon preferentemente su atención. Sin embargo, en la actualidad, la ciencia médica se ocupa cada vez más de las llamadas enfermedades psicosomáticas, en donde el diagnóstico etiológico tiene que considerar no solamente los trastornos físicos, sino también y necesariamente los trastornos psicológicos o emocionales del paciente.

No hace mucho tiempo, un grupo de psicoanalistas, entre ellos George Grodeck, Wilhelm Reich, Franz Alexander y James L. Halliday, formaron la escuela psicosomática para estudiar todas aquellas enfermedades en las que los factores psicológicos son especialmente importantes. Sus estudios han llegado a la conclusión de que las condiciones ambientales, sobre todo las que se derivan de la estructura social, son las responsables de las enfermedades más típicas de nuestro tiempo.

Halliday ha dedicado al tema un libro, en muchos aspectos desconcertante y revelador, titulado: *Medicina psicosocial, un estudio de la sociedad enferma*, de 1947, en el que demuestra con estadísticas relativas a la Gran Bretaña, en donde ejerce como médico y psiquiatra, que en nuestro siglo las enfermedades puramente físicas han descendido en importancia, en tanto que las psicosomáticas revelan un dramático ascenso. Las muertes por enfermedades infantiles, fiebres tifoideas, fiebres reumáticas, difteria y tuberculosis han descendido considerablemente, al paso que los índices de esterilidad, suicidios, úlceras gástricas y peptónicas, bocio exoftálmico, trastornos cardiovasculares aumentan visiblemente. Las afecciones que pueden denominarse psicosomáticas, no obstante que parecen

estar totalmente desconectadas entre sí, muestran una forma común, tanto en sus factores etiológicos como en el curso de la enfermedad: Aquéllos pueden resumirse en siete enunciados, que hacen patente el valor del factor psicológico, a saber: la emoción como factor desencadenante, el tipo de personalidad, la distribución por sexo, las asociaciones con otras afecciones psicosomáticas, los antecedentes familiares, las manifestaciones periódicas, y la aparición o incidencia de la enfermedad que se relaciona con modificaciones sobrevenidas en el medio colectivo, psicológica y socialmente considerado. A modo de ilustración puede decirse que los pacientes que tienen una personalidad con tendencia a la histeria son más sensibles a ciertas enfermedades que se presentan además asociadas a las manifestaciones somáticas de la histeria. Los varones son más afectos al asma infantil y a la úlcera duodenal; las mujeres a las afecciones de la vesícula biliar y a la artritis reumatoidea, diferencias debidas probablemente al sistema endocrino.

Con éstos y otros antecedentes Halliday ha elaborado su concepto de "sociedad enferma", que muestra las siguientes características: en la esfera económica, aumento de los índices de enfermedad, de ausentismo; disminución de la productividad; aumento del desempleo; de las huelgas; en el campo de la criminalidad, alarmante aumento de la delincuencia infantil; en el campo cultural, aumento de las manifestaciones primitivas, inspiradas fundamentalmente en el sexo, de las formas de escapismo —como los juegos de azar—; decadencia de la fe religiosa; obsesión por la planeación y el intelectualismo; por último, en el aspecto político, una peligrosa fragmentación social, como la guerra de clases, los regionalismos y localismos, emigración por masas, y algo específico de este siglo: la aparición del fenómeno del "liderazgo para la destrucción".

"Nos resulta incómodo aceptar que vivimos en una sociedad enferma y darnos cuenta de que la enfermedad social es reflejo de nuestra propia enfermedad psicológica con sus actitudes erróneas, no sólo en lo emocional sino también en lo intelectual. Más inquietante aún resulta el saber que la enfermedad social es manifestación de un profundo proceso biológico tendiente a una progresiva devitalización que podría llegar, incluso, a la extinción genética" . . . "Al llamar la atención sobre el hecho de que la sociedad está enferma, la medicina psicosocial hace un aporte bien concreto a la política."¹

Los índices de salud social muestran hacia dónde debe dirigirse la

¹ James Halliday. *Medicina psicosocial*. Eudeba, pp. 242 y 235.

acción del Estado en su propósito de lograr la salud física de sus miembros, sin la cual no hay bienestar material. Algunos de los consejos necesarios para poner en la pista de la salvación indican que se evite el aumentar excesivamente la centralización del Estado, se procure mantener la capacidad creadora, sólo posible en los individuos y no en los grupos, y formar dirigentes políticos, versados debidamente en medicina psicosocial.

La escuela psicosomática se encuentra en la frontera de la medicina y el psicoanálisis, y aunque acepta algunas premisas fundamentales de Freud, acusa claramente su esencial orientación médica. Sin embargo, lleva a la convicción de que el problema que ha de examinarse apunta hacia las condiciones de una sociedad que permita individuos sanos, física y moralmente.

Pero quien ha ido hasta el núcleo de la personalidad humana, para deducir una teoría de la sociedad y la historia es Segismundo Freud. Sin embargo, la visión del fundador del psicoanálisis sobre la organización social y política es francamente pesimista. Sostiene que toda convivencia humana conspira contra la felicidad. No puede haber conciliación entre el vivir en sociedad y ser feliz. El psicoanálisis intenta mostrar que el hombre, sometido a las represiones sociales, vive en constante tensión, arrastrado inconscientemente por sus complejos, forma en la que los instintos ancestrales se disfrazan para hacer su aparición y lograr su cumplimiento.

Las teorías del ilustre psiquiatra vienés son casi del dominio público, en sus formas más simples. Constituyen un rasgo esencial de nuestro tiempo. Han arrebatado al hombre la orgullosa creencia en su racionalidad, revelando las tendencias oscuras e inconscientes que se manifiestan en los actos aparentemente más sencillos y racionales. La existencia de una gran zona de tendencias e impulsos inconscientes no se disputa ya seriamente. El más importante de todos es el instinto sexual, la libido, que busca satisfacción total. Otro impulso fundamental es el instinto de destrucción que Freud identifica con el instinto de la muerte, el cual tiende a regresar al estado primario de la materia inorgánica, estado parecido al Nirvana, anterior al surgimiento de la vida, esta permanente y constante tensión, cuyo alivio final no puede ser sino el reposo total, la muerte.

El hombre actúa primariamente bajo el principio del placer, se afana por darse satisfacción completa en todos sus impulsos. Pero la realidad externa lo hace comprender que esto lo llevaría a su destrucción; que para sobrevivir es necesario reprimir la total gratificación de la libido, reducir

sus objetos, transformar el placer en algo duradero y no momentáneo, retrasar la satisfacción para obtener seguridad. La represión de la libido produce lo inconsciente y al mismo tiempo la desexualización de la mayor parte del cuerpo humano; deja libre la energía que ha de ocuparse en el trabajo y que hace posible la subsistencia humana. Actúa así bajo el principio de la realidad, la aceptación de las limitaciones naturales, la necesidad del trabajo, la represión de los instintos. El principio de la realidad sustituye al principio del placer, y crea el ego, la organización social de los instintos, bajo la guía de la razón. Sin embargo, el principio del placer rige la dimensión de lo inconsciente, que ha de volver bajo la forma del regreso de lo reprimido, creando una tensión conflictiva con el ego que actúa bajo el principio de la realidad. El resultado de esta tensión es el hombre insatisfecho, frustrado, pleno de resentimientos, de amargura. La civilización sólo es posible por la represión de los instintos, pero hace infeliz al hombre. La felicidad, el pleno cumplimiento del principio del placer, exigiría la abolición de todas las represiones, pero eso significaría la destrucción de la civilización.

La historia de la civilización sería muy diferente a la que conocemos si no fuera por la capacidad que tiene el hombre de canalizar hacia fines no sexuales la energía reprimida por las normas que impone la sociedad. La "sublimación", categoría esencial en la teoría freudiana, consiste en aplicar el impulso sexual hacia objetos no sexuales, utilizando la energía así reprimida en cuestiones artísticas, en fines altruistas, en investigaciones científicas, etcétera. De este modo la "sublimación" representa la energía sexual que hace posible la cultura. La creatividad del hombre en el arte, la ciencia, la política es la energía robada a su vida sexual. La cultura es una progresiva desexualización, un proceso constante de "sublimación". Pero la capacidad de sublimación del hombre no es ilimitada. No es posible la supresión total de la vida sexual. Además el propio impulso sexual se resiste a ser suprimido. El punto en que el proceso de "sublimación" se detiene, es cuestión de idiosincrasia personal. La cultura no puede ir más allá de ciertos límites. Un proceso de constante ascenso cultural tiene que ser descartado por la naturaleza misma de la libido. La cultura responde a un cierto equilibrio entre la capacidad de sublimación que exige la sociedad y la satisfacción sexual que el individuo debe darse necesariamente a sí mismo. Pero aun dentro de este precario equilibrio, existen fisuras que lo amenazan y lo hacen inestable. La represión de lo sexual crea perversiones o neurosis, formas a través de las cuales vuelve lo reprimido. Ante esta carga de anormalidades, la sociedad debe optar por

liberar la energía sexual, retornando a la etapa de barbarie o mantener su represión al precio de la neurosis y la perversión.

El proceso de sublimación trae consigo un debilitamiento de lo sexual y el fortalecimiento del instinto de agresión, del instinto de la muerte. Aumentar la represión de los instintos, eleva peligrosamente la tensión del impulso agresivo, destructor.

La tendencia a la destrucción, a la desunión, a la muerte, acecha a través de la organización social, y al fin aparece bajo diversas formas. Se une al impulso sexual para formar esa combinación de impulsos que se denomina "sadismo" o "masoquismo" y que se propone la destrucción de otros o de sí mismo. Forma parte importante de nuestra conciencia moral, el superego; transformada en una instancia crítica, actúa contra nosotros mismos, tiránica, despóticamente; nos impone normas morales heredadas de nuestros ancestros y que subyugan, subordinan despiadadamente a nuestro yo. Acaso sea posible canalizar, como en el caso de la libido, al instinto destructor hacia el progreso técnico, para lanzar sobre las cosas y sobre los hombres, esa capacidad de destrozarse, separar, mutilar, que lleva al dominio de la naturaleza y en la que el hombre descarga su instinto de agresividad.

De este modo el camino de la civilización y de la cultura parece llevarnos a un callejón sin salida: o a una progresiva desexualización cuyo precio son las anomalías como las perversiones y las neurosis con un aumento explosivo de la agresión que se manifiesta en las guerras, los conflictos y las luchas sociales, o a una renuncia de la vida civilizada para regresar a la barbarie, que tampoco ofrece una perspectiva mejor que las consecuencias de un ilimitado proceso de sublimaciones.

"Cada renunciación llega a ser entonces una fuente dinámica de conciencia, nos dice Freud en *El malestar en la cultura*, cada nuevo abandono de la gratificación aumenta su severidad e intolerancia... Cada impulso de agresión que dejamos de gratificar es asumido por el superego y va a aumentar su agresividad."²

Un lenitivo a esta visión pesimista de nuestra sociedad, la ofrece lo que podría llamarse no sin mucha exageración "la revolución sexual" que la difusión de las teorías freudianas y la práctica clínica de los analistas ortodoxos han llevado a cabo hace unos treinta años.

Es evidente que el psicoanálisis ha propiciado una liberación de los impulsos sexuales. La moral que puede designarse como "mojigata" ha ter-

² S. Freud. *El malestar en la cultura*, citado por H. Marcuse. *Eros y Civilización*. Mortiz, p. 92.

minado. Nadie considera ahora como "tabú", como norma sagrada del trato social, el evitar los temas sexuales. Por el contrario, en esto priva actualmente la mayor libertad, no sólo en el trato cotidiano, en las conversaciones, en las relaciones amorosas de los jóvenes, sino también en la literatura, la pintura, la escultura, que exhiben con toda desnudez aspectos antes excluidos de toda mención pública. Pertenece a una era post-freudiana, con una nueva moral sexual. La conducta que se denomina decente, las relaciones sexuales sólo en la unión matrimonial se juzga un poco anticuada; conservar la fidelidad conyugal, parece a muchos analistas una excesiva represión de los instintos, que auspicia trastornos emocionales más graves aún. Los comentarios que Hollischer dedica a la abstinencia y al matrimonio en su conocido libro *Introducción al psicoanálisis*, muestran este nuevo enfoque de la vida sexual, apoyado por la ciencia, que propicia una amplia liberación de los impulsos eróticos.

Los hombres de Estado pueden obtener algunas conclusiones sobre política, entendida como la conducción de la actividad social, como la coordinación, encauzamiento, fortalecimiento de las actividades que componen la sociedad que gobiernan. El consejo que se deriva de la teoría freudiana coincide con algunos de los que prescribe la escuela psicósomática resumida a través de las investigaciones de Halliday: es necesario ser cauto con el aumento de la centralización del Estado; evitar aumentar la planificación y la subordinación del individuo al Estado; procurar canalizar las diversas expresiones del instinto de agresividad; considerar normales muchas de las convulsiones sociales como las luchas, las oposiciones, las críticas; ver con mayor parsimonia y tolerancia las manifestaciones más audaces de la vida sexual; abandonar la moral mojigata, pacata, como criterio de moral pública; establecer un programa de profilaxis social para las perversiones, neurosis, anormalidades que necesariamente produce el vivir en sociedad; y al final de cuentas, resignarse a este equilibrio inestable, volcánico que significa el conservar un orden social que impone restricciones a los instintos naturales del hombre, con el riesgo de su frustración y su infelicidad.

La escuela psicoanalítica fundada por Freud tuvo desde sus primeros años violentas oposiciones. En las primeras décadas de este siglo, Adler y Jung desertaron para fundar nuevas escuelas, cuya característica principal era el rechazo del exagerado énfasis que Freud había asignado al impulso sexual. Acaso la que tiene actualmente mayor boga, sobre todo aquí en América, es la formada por el grupo de los neofreudianos, Karen Horney, Eric Fromm y Harry Stacy Sullivan. Las teorías, reflexiones

críticas, y numerosos ensayos producidos por Adler y Jung han sido asimilados por estos modernos analistas.

Para presentar una actitud opuesta a la de Freud, nada mejor que las teorías de Eric Fromm, quien no sólo ha elaborado una doctrina sobre el valor del psicoanálisis para los problemas sociales, sino también se ha aventurado a presentar soluciones concretas sobre estas cuestiones, aprovechando las conclusiones a que ha llegado en el nuevo desarrollo dado al psicoanálisis, en el cual presenta una visión optimista del hombre, fundada en el amor y sus facultades creadoras.

Fromm critica el concepto estático de sociedad y de instinto utilizado por Freud. Lo que entiende por naturaleza humana es la formada por un ambiente social específico, "aquellas pasiones y angustias que son características del hombre en la sociedad moderna eran consideradas como fuerzas eternas, enraizadas en la constitución biológica humana".³ Así en su estilo análogo a los análisis marxistas, Fromm trata de mostrar cómo el hombre de Freud corresponde al *homo economicus* de la economía de mercado, propio del sistema capitalista. "Un intercambio de satisfacciones de necesidades, biológicamente, en el cual la relación con otros individuos es un medio para un fin, y nunca un fin en sí mismo."⁴ Considera incorrecto concebir al hombre como una suma específica de tendencias biológicas, de las que ha sido dotado en forma innata, y a la sociedad humana como una instancia que puede satisfacer o frustrar esas tendencias básicas. Aunque existen tendencias orgánicas comunes a todos los hombres, como el hambre, la sed, el sexo, etcétera, las características que las diferencian han sido producidas por el proceso social, que no sólo puede suprimirlas, moldearlas, sino crear otras nuevas. La naturaleza humana no es una sola, igual en todas partes; depende de la historia humana. Pero esa relación entre individuo y sociedad no ha de comprenderse como un problema sociológico explicado en términos psicológicos como lo intentaron Freud, Klein y otros, ni como una conducta individual explicada básicamente en términos sociológicos, como lo hicieron Durkheim, Marx y la escuela de psicología social americana. Lo que Fromm se propone hacer es no sólo mostrar como las pasiones, deseos, ansiedades cambian y se desarrollan a resultas del proceso social, sino también cómo las energías humanas, conformadas así en formas específicas, a su vez se convierten en fuerzas productivas que moldean al proceso social.

³ Eric Fromm. *El miedo a la libertad*. Paidós. p. 36.

⁴ Idem. p. 37.

“Pero no solamente el hombre es producto de la historia; sino que también la historia es producto del hombre.”⁴

En opinión de Fromm, el concepto de instinto requiere ser revisado pues no se ha tomado debida cuenta de que se usa indistintamente en dos sentidos: como un patrón de una acción específica determinado por la estructura física del sistema nervioso, comportamiento que puede ser ilustrado por las abejas, las avispas o los peces; y como una tendencia o necesidad biológica. En este segundo sentido, se trata de tendencias como el hambre, la sed, el sexo que el hombre tiene en común con los animales, pero cuyo modo de ser satisfechas está cultural o socialmente determinado. El problema de la psicología es examinar la manera como el hombre se relaciona con el mundo, la sociedad y él mismo.

Fromm rechaza la tesis mecanicista que el fundador del psicoanálisis parece haber aceptado al establecer su teoría de los instintos. El modo como expone los efectos de la sublimación, o el aumento de la agresividad revela que piensa en la libido como una cantidad de energía que disminuye si se canaliza hacia otros objetos, o en el instinto de agresión como una fuerza cuyos efectos aumentan al disminuir la sexualidad que le sirve de contrapeso, como en un sistema de pesos y balanzas.

El fundador del psicoanálisis cultural cree más bien en el impulso erótico como la expresión de la vida misma, como el impulso vital por expandirse. La importancia que el fundador del psicoanálisis ha dado a la sexualidad se debe a la identificación que ha hecho entre amor y sexo, la cual niega Fromm categóricamente. El amor es lo fundamental; la sexualidad es sólo uno de sus efectos secundarios.

Tampoco existe para Fromm un instinto destructor básico. Cuando el individuo siente frustrado su impulso a realizarse, a desenvolverse, su reacción es un odio destructor, un impulso agresor. El afán de destructividad expresa un impulso vital frustrado.

Con estas premisas básicas, descubre las distintas formas culturales por las cuales ha atravesado el hombre occidental, adoptando estructuras psicológicas diferentes como reflejo de la cultura de su tiempo y al mismo tiempo formaciones reactivas cuando los procesos culturales resultan frustrantes e impiden el desarrollo armonioso de las facultades creativas del hombre.

Siguiendo la línea de la historia contemporánea, expone el desarrollo cultural a partir de la Edad Media, hace su más brillante análisis en

⁴ Eric Fromm. *El miedo a la libertad*. Paidós. p. 39.

la Época Moderna, periodo en que nace y se forma el sistema democrático y el orden económico capitalista; examina en su famoso libro *El miedo a la libertad*, las causas que produjeron al nazismo, para llegar al "Psicoanálisis de la sociedad contemporánea", en otro libro suyo.

Una característica esencial de la sociedad medieval es la ausencia de libertad individual. Los hombres se hallan como encadenados en un orden social determinado, que fija sus derechos y sus obligaciones claramente, dándoles un *status* social bien establecido. A cambio de esta situación de poca movilidad social, el hombre medieval tenía seguridad, no se sentía aislado, ni solo, sino identificado con un orden de sentido trascendente que proveía a todas sus necesidades primarias.

El Renacimiento y la Ilustración destruyeron el orden medieval; rompieron los vínculos que ligaban al individuo con sus corporaciones, sus comunas y la Iglesia, creando el don más preciado de los tiempos modernos: la libertad individual.

Esta libertad tan recién recobrada tenía un aspecto positivo y uno negativo. El primero permitía al hombre la afirmación de sí mismo, la capacidad de hacer su propia vida, de expandir sus facultades creativas; el segundo, lo dejó solo, aislado frente al mundo y la sociedad, abandonado a sí mismo, en una situación de inseguridad que le produjo angustia y miedo a la libertad. Así se produjo en los tiempos modernos, esta actitud de regresión hacia una situación que devolviera al hombre la seguridad que había perdido. Se crearon los mecanismos de evasión de la libertad: el masoquismo y el sadismo, que aunque forman tendencias aparentemente opuestas, en realidad son complementarias entre sí; mecanismos que nacen de sentimientos de inferioridad, impotencia e insignificancia individual. El masoquista renuncia a su libertad en beneficio de una institución o una persona, para alcanzar la seguridad que ha perdido; el sádico busca el sometimiento de los otros, el ejercicio de un poder ilimitado y absoluto, para obtener también una seguridad que se le escapa. Estos mecanismos explican el tránsito de la República Alemana al regimen totalitario, autoritario de Hitler.

Lo curioso es que Fromm piensa que las democracias occidentales, con su avanzado capitalismo, suscitan también mecanismos de evasión, como una conformidad compulsiva por la cual el individuo asilado se convierte en un autómatas que cumple y ejecuta lo que deciden otros por él mismo; o como un carácter autoritario que busca el sometimiento de los demás.

En todo ello ve Fromm los caracteres de una sociedad enferma, que produce la personalidad neurótica de nuestro tiempo, como diría Karen

Horney, con la cual tiene indiscutibles semejanzas. Pero a diferencia de su colega, Fromm propone soluciones concretas que aspiran a continuar una sana sociedad, en donde el desarrollo de las funciones sociales coincidan con el desarrollo libre del hombre.

Erigido en reformador social, en consejero de los políticos y los ideólogos, el fundador del psicoanálisis humanista propone la fórmula de un "socialismo comunitario", en donde se postula un cooperatismo estilo Owen o Fourier, que disuelva el Estado en la sociedad, al modo anarquista, las categorías de patrón y trabajador, de productor y consumidor, de comerciante y cliente, y en donde las organizaciones cooperativas desempeñen todas estas funciones a la vez, devolviendo al hombre el sentido creador del trabajo, destruyendo las bases de la enajenación capitalista, y estableciendo el interés y la atracción por el trabajo como los estímulos básicos para la producción económica.

La solución que propone Fromm está ya juzgada en el pensamiento político y social contemporáneo. Pertenece a las utopías del siglo pasado, superadas hace tiempo. No obstante, hay que reconocer sugerencias importantes que la ciencia política no puede desdeñar.

El énfasis puesto en la libertad humana, en su sentido positivo y creador, es indiscutiblemente la idea política de mayor importancia del distinguido pensador neofreudiano. La necesidad de mitigar los vicios de un capitalismo rapaz y explotador, que somete a una fría automatización el trabajo del hombre, es también de innegable valor social.

Olvida, sin embargo, el filósofo y psicólogo, las modificaciones que el sistema capitalista ha sufrido después de siglo y medio de pensamiento socialista, las formas de servicio social puestas a disposición de las clases populares, como el Instituto del Seguro Social, los planteles docentes gratuitos o casi gratuitos, los espectáculos artísticos, deportivos y sociales de fácil acceso y, en fin, una serie de instituciones, organizaciones oficiales, legislaciones protectoras que han paliado considerablemente la situación de aislamiento, de soledad, que un capitalismo avanzado había provocado. El Estado abstencionista de la economía clásica del siglo pasado, que dejaba al hombre abandonado a sí mismo, a su propia iniciativa y a sus propias fuerzas, se ha convertido ahora en un Estado protector que tiende a borrar las desigualdades sociales y económicas, que interviene eficaz y directamente en el sistema económico para derivarlo hacia fines socialmente útiles.

Antes que la situación de inseguridad y desamparo en que la sociedad liberal clásica había dejado al hombre en el siglo pasado, la época con-

temporánea parece tener caracteres opuestos: El Estado protector de nuestros días pronto a suplir las carencias individuales, a dar asistencia y consejo, crea una sobreprotección que puede enervar las facultades creadoras del hombre, o tornar la vida en algo fácil y aburrido. Los psicoanalistas deben analizar una situación que se muestra totalmente diferente de aquella de la que han partido las observaciones de Eric Fromm y Karen Horney.

Las escuelas psicoanalíticas contemporáneas parecen, no obstante sus diferencias, coincidir en afirmar la libertad humana, la confianza en las facultades creadoras. Todas ellas señalan el peligro de una excesiva represión, y por lo mismo de una sociedad o gobierno demasiado autoritarios. Una advertencia admonitoria se cierne sobre un Estado excesivamente planificador que estorbe la espontaneidad de la vida social. El ideal parece estar en un ajuste entre las funciones sociales indispensables y las facultades creadoras del hombre.